

"Una breve historia de la Geografía" David N. Livingstone

En Rogers, A., Villes, H., Goudie, A. (eds): **The Student's Companion to Geography**. Blackwell, 1992.

Traducción: Dra. Perla Zusman. Adaptación y corrección Lic. Gabriela Cecchetto (Cátedra de Introducción al Pensamiento Geográfico. Carrera de Geografía, Ffyh, UNC.)

DAVID LIVINGSTONE ES PROFESOR DE GEOGRAFÍA E HISTORIA INTELECTUAL DE LA SCHOOL OF GEOSCIENCES DE LA QUEEN'S UNIVERSITY DE BELFAST. SE HA ESPECIALIZADO EN TEMAS VINCULADOS A HISTORIA DE LA GEOGRAFÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA. ES EL AUTOR DEL LIBRO **THE GEOGRAPHICAL TRADITION** (1992) DONDE DISCUTE ALGUNAS DE LAS TEMÁTICAS RESUMIDAS EN EL PRESENTE ARTÍCULO (N. DE LA T.).

El término geografía ha significado y significa aún hoy diferentes cosas para diferentes personas. Para algunos, evoca imágenes de lugares distantes y exploradores intrépidos yendo a donde nadie había ido antes. Para otros, el geógrafo es considerado una persona que posee un conocimiento de carácter enciclopédico referido a los ríos más largos, las montañas más altas, las ciudades más grandes y así sucesivamente –una suerte de atlas hablante de gran valor para los programas de preguntas y respuestas de la televisión y no mucho más. Finalmente, existen otros para quienes la geografía es la disciplina que trabaja con diagramas y globos; se dice que, si la historia se ocupa de los hombres, la geografía se ocupa de los mapas. En realidad, es muy probable que hoy en día los geógrafos profesionales rechacen todas estas nociones del sentido común como definiciones de la propia disciplina y proporcionarán una explicación propia respecto a lo que estudia la geografía. No es mi intención juzgar estas dispares afirmaciones. Todas ellas –y con seguridad muchas otras– de alguna u otra manera son interpretaciones válidas de la geografía. Sin embargo mi propósito es dar una mirada a aquello que la gente *ha considerado que ha sido la geografía* por años y trazar la evolución de lo que me gusta en llamar "tradición disciplinar". De acuerdo a esto, no es mi deseo defender una particular definición de geografía, como muchos de los historiadores de esta disciplina lo han hecho, sólo deseo considerar algunas de las diferentes formas en que las personas la han pensado a través de los años.

Para llevar adelante esta tarea propongo identificar diez diferentes tipos de discursos – conversaciones si ustedes quieren– en los cuales la geografía ha estado incorporada. Seguramente mi lista no es exhaustiva. No es tampoco éste el objetivo. El centro de mi argumentación es simple: sostengo que la geografía cambió conforme cambió la sociedad, y la mejor manera de comprender la tradición a la cual el geógrafo pertenece es referirse a los diferentes medios sociales e intelectuales en los cuales la geografía ha sido practicada. Algunos de los temas que exploraremos serán considerados seguramente extraños o exóticos, o curiosos a los ojos modernos, pero si tomamos la historia en serio deberemos aprender a comprender las geografías pasadas *en sus propios contextos* sin someterlas a los veredictos del siglo XX.

Hacia los confines de la tierra

La historia de la geografía, como la de muchas otras ciencias, frecuentemente se ha remontado a la época de los griegos y de los romanos, a figuras tales como Anaximandro, Thales, Heródoto, Estrabón, Ptolomeo, entre otros. Sus contribuciones –muchas veces de carácter matemático– fueron importantes para el avance de la teoría de la geografía. Pero fue a través de las exploraciones de los estudiosos musulmanes –viajeros como Ibn Batuta y Ibn Khaldun–, a los viajes de los escandinavos y chinos, y a las aventuras directas de los cris-

tianos medievales que los primeros conocimientos sobre el mundo contribuyeron al conocimiento geográfico. Eventualmente, los exploradores europeos de los siglos XV y XVI ayudaron a transformar estas visiones dispersas y fragmentarias en un cuerpo más o menos coherente de conocimientos sobre la superficie del globo.

De hecho, podría sostenerse que los –así llamados– viajes de descubrimiento tuvieron una contribución vital para el desarrollo de la ciencia occidental. Muchos de estos marinos, por ejemplo, se encontraron participando en los experimentos a escala mundial destinados a probar la adecuación de los conceptos renacentistas heredados de la antigüedad clásica. Lo que no quiere decir, por supuesto, que todos ellos se considerasen a sí mismos proto-científicos, muchos eran sólo aventureros insaciables en altamar o ambiciosos de las abundantes riquezas secretas de los exóticos reinos. Sin embargo, la información que reunieron contribuyó a desafiar a las autoridades académicas del momento demostrando que las personas *sí* habitaban *el* hemisferio sur o que había variedad de plantas y animales que no se ajustaban a la taxonomía de Aristóteles. Además de todo esto, el negocio de la navegación en su totalidad requería de tecnologías sofisticadas y de habilidades científicas para determinar la posición de los barcos en el mar y, más importante aún, para mapear el camino de regreso hacia los lugares seguros. Por ello no es sorprendente que el instituto de navegación que el Príncipe Enrique estableció en Sagres en inicios del siglo XV, y que reunió a expertos en cartografía, astronomía e instrumentos náuticos, haya sido visto como un movimiento crucial en el desarrollo de la ciencia de Occidente. Los nombres de Diego Cao, Bartolomé Dias, Vasco de Gama, Gaboto, Cristóbal Colón, Francis Drake o Fernando Magallanes –para referirnos sólo a algunos– ocupan un lugar tan importante en los primeros años de la moderna geografía como la reedición de la *Geografía* de Ptolomeo en 1410.

Por supuesto que el compromiso con la exploración no finalizó en el siglo XV. Los viajes de reconocimiento continuaron expandiendo el conocimiento geográfico del globo a través de los últimos siglos, especialmente a través de los viajes del siglo XVIII de James Cooke y de Joseph Banks en el Sudeste del Pacífico y las circunnavegaciones de naturalistas como Charles Darwin y Thomas Henry Huxley. Simultáneamente, la significación de los viajes científicos era defendida por hombres como Alexander von Humboldt, Henry Walter Bates, Alfred Russel Wallace a través de sus propias exploraciones a las lejanas tierras del Este y Sur de América. De hecho, la Royal Geographical Society, que contribuyó especialmente en la exploración de ultramar en la época victoriana, continúa apadrinando expediciones de esta índole. Más aún, los geógrafos siguen hablando de expediciones en otros contextos: junglas urbanas, ghettos étnicos y otros ambientes "amenazantes". Así, el vocabulario de la exploración continúa capturando el espíritu de ciertos aspectos de la geografía tradicional. Mi postura aquí es simple. La geografía siempre ha estado íntimamente asociada al instinto explorador.

La Geografía es mágica!

Aún cuando el nuevo conocimiento geográfico hubiera desafiado las tradiciones académicas previas, existieron formas de conocimiento geográfico que continuaron confirmando creencias largamente sostenidas. Así, al igual que otras ciencias que estaban surgiendo, la geografía estaba altamente implicada en diversas prácticas mágicas. Ello es evidente, por ejemplo, en el temprano desarrollo de la moderna astronomía. El interés en las estrellas fue estimulado por las preocupaciones astrológicas y se puede observar la continuidad en estas preocupaciones entre los primeros copernicanos. Kepler, por ejemplo, consultaba su horóscopo todos los días, y no era el único. Además, la creencia de que diversas plantas poseían poderes ocultos aprovechables con fines medicinales llevaron a importantes descubrimientos farmacéuticos y químicos. Más aún, "gigantes" de la revolución científica como Bacon y Newton revelaron un interés sustancial en estas prácticas aparentemente secretas y misteriosas.

La geografía, por supuesto, no estuvo menos identificada con la astrología y la magia vinculada a la naturaleza que otros campos del discurso. Muchos de los autores de la geografía de los primeros tiempos, como William Cunningham, Thomas Blundeville, John Dee, y Thomas y Leonard Digges participaban en diversos aspectos de la magia. Para autores como Dee la clave residía en el significado místico del número: los mundos celestiales y terrenales se relacionaban entre sí a través de una relación matemática, de manera que los cambios en uno de ellos afectaban directamente al otro. Para Digges, la astrología tenía una importancia primordial, y sus investigaciones y tempranos resultados en el campo de la meteorología formaban parte del conocimiento astrológico, en tanto el pronóstico del tiempo requería un cierto dominio del significado de los cambios celestiales en la luna, las estrellas y los planetas.

Incluso para otros, especialmente para Jean Bodin y Cunningham especialmente, la diversidad del mundo de las culturas y de los hombres estaba íntimamente ligada al signo del zodiaco que gobernaba la región particular habitada por estos.

Sin duda este capítulo de la historia de la geografía aparecerá absolutamente extraño a los ojos modernos. Pero sería un error ignorarlo, o suprimirlo, como los historiadores de la geografía frecuentemente lo han hecho, ya que demuestra el carácter aparentemente no racional del discurso en la evolución de la disciplina. Más aún, podría afirmarse que este interés geográfico en el misticismo continúa manifestándose hasta el siglo XX. Algunos trabajos recientes han demostrado varios elementos místicos en la historia del movimiento conservacionista –finales del siglo XIX y principios del XX– en figuras como Francis Jounghusband y Vaughan Cornish, por ejemplo, e incluso actualmente la línea de pensamiento que espiritualiza y aún diviniza la naturaleza continúa estando presente.

Un mundo de papel

La explosión de conocimiento causada por los viajes de exploración europeos trajo rápidamente nuevos desafíos y logros cartográficos. Con seguridad la ciencia de la cartografía no nació en el siglo XVI. Los diagramas de los portulanos circulaban desde hacía mucho tiempo alrededor del mediterráneo y, por supuesto, ya existían numerosas descripciones simbólicas del mundo en la forma de diversos Mappaemundi. Pero ahora todos los nuevos mundos debían ser reducidos al papel y ello significó nuevos desafíos. Con su famosa proyección cartográfica, Gerardo Mercator resolvió algunos de los problemas matemáticos asociados con la transferencia de una esfera a una superficie plana. Rápidamente, cartógrafos holandeses y belgas mapearon de manera espléndida los progresos de los descubrimientos de ultramar. El desarrollo de las habilidades e instrumentos de levantamientos estuvo íntimamente asociado a estos logros y resultados. De hecho, la elaboración de estos instrumentos fue una de las habilidades que adquirió la temprana cartografía.

La realización de mapas fue tanto una actividad artística como científica. Frecuentemente, los mapas eran muy ornamentados y hábilmente elaborados, de manera que se transformaron en *objetos de arte* propiamente dichos. Todo el impulso cartográfico recibido a través de la pintura encuentra su manifestación más clara en el arte holandés del siglo XVII. Y esto sirve para recordarnos la temprana asociación entre la geografía y las empresas humanísticas.

En los siglos siguientes la relación entre la geografía y la cartografía se mantuvo. Los avances de los trabajos del Ordnance Survey en el siglo XIX fueron regularmente divulgados por la Royal Geographical Society; frecuentemente la geografía se encontró participando en la elaboración de mapas temáticos de los movimientos geológicos, suelos, mortalidad, población, etc; en nuestros días los geógrafos mantienen esta tradición al ocuparse de temáticas tales como sensores remotos y cartografía digitalizada. La cuestión cartográfica ha sido

siempre importante en la geografía; tal es su relevancia que Carl Sauer afirmaba que si el geógrafo no estaba fascinado por los mapas, al punto de necesitar siempre estar rodeado por ellos, significaba que él o ella se habían equivocado de profesión.

El Universo como un reloj que trabaja

Durante el despertar de la filosofía mecanicista que llegó a dominar la ciencia en el siglo XVII, se hicieron numerosos esfuerzos para mantener la integridad del discurso religioso frente a las implicaciones aparentemente naturalistas del cuadro mecanicista del mundo. Una de las estrategias más comunes, defendida por hombres como Newton y Boyle, fue considerar que el mundo era esencialmente como un gran reloj comparable al de Estrasburgo, y era a través de la investigación del funcionamiento de la máquina-mundo que los científicos podían conocer e indagar la mente del Gran Diseñador. Este movimiento logístico jugaría un papel clave en la evolución de la tradición geográfica. Numerosos escritores del período iluminista desarrollaron un tipo de historia natural conocido como teología física. A partir de considerar al mundo teológicamente diseñado y providencialmente controlado interpretaban que su ambiente era una revelación funcional del propósito divino. En los escritos de Thomas Burnet, John Ray, John Woodward, William Derham, así como en los trabajos de William Paley, el mundo de la geografía, su forma física y orgánica, era visto como expresión de la naturaleza de Dios.

Por supuesto que estos practicantes de la teología natural tenían diferencias entre ellos, tanto en relación a los detalles como a las estrategias, pero contribuyeron a desarrollar una historia de la visión de la naturaleza como un sistema holístico, una especie de cuadro ecológico que enfatizaba las interrelaciones e interdependencias entre los organismos y el ambiente. Aquí la imagen de lucha entre la ciencia y la religión se transformó en algo así como una historia de ficción. A pesar de ello hubo geógrafos como Bartholomaus Keckermann en Alemania (autor del *Systema Geographicum*) y Nathanel Carpenter en Inglaterra (autor de *Geography Delineated Forth*) cuyos compromisos con la teología de la Reforma los impulsó a rechazar la autoridad eclesiástica en materia científica y a defender la liberación de la ciencia de la censura escolástica.

Esta particular trayectoria intelectual sirvió para alimentar el pensamiento geográfico a través de los siglos siguientes. En el siglo XIX Karl Ritter fue un ejemplo de estas posturas y la visión ritteriana se propagó por los Estados Unidos a través de su devoto discípulo, Arnold Guyot. Además existen evidencias del pensamiento teológico en los trabajos de Mary Somerville y David Thomas Ansted en Inglaterra, y Matthew Fontaine Maury y Daniel Coit Gilman en los Estados Unidos. En realidad H.R. Mill, en su escrito de 1901, estaba en lo cierto al afirmar que las formas de razonamiento teológicas eran " tácitamente aceptadas o explícitamente profesadas por casi todos los escritores de teoría de la geografía". Más recientemente, esta visión teológica nos llega a través de los trabajos del geógrafo holandés De Jong, en los que la geografía continúa operando subordinada a la teología.

En servicio activo

Como acabamos de ver, la geografía se habría subordinado a los fines teológicos, Sin embargo su funcionalidad respecto a otros fines externos no acaban aquí. A través del siglo XIX frecuentemente se la reconoció como la "ayudante de campo" del militarismo, del imperialismo, del racismo y sin duda una de las anfitrionas de todos los otros 'ismos'. Se sabe de forma generalizada que los mapas eran un complemento vital para la preparación armamentística y la guerra, y no es sorprendente que la geografía institucional haya florecido en primer lugar en las escuelas militares. Aún más, si nos remontamos a la prehistoria del Ordnance Survey, sus orígenes pueden encontrarse en las necesidades de la Inglaterra de la

era Jacobina. De igual modo, en el siglo XX, geógrafos como Isaiah Bowman participaron en la política americana de reconstrucción de la Europa de la pos-guerra.

Por las mismas razones, la expansión británica de ultramar despertó un nuevo interés en los propósitos funcionales de la geografía. A comienzos de 1830, la necesidad de la existencia de la Royal Geographical Society de Londres fue defendida en su reunión inaugural con el argumento de que la geografía era vital para el éxito imperial de Inglaterra como nación marítima. De hecho hubo y continúa habiendo un debate importante en la geografía inglesa, sin mencionar la geografía alemana y americana, en torno al tema de la aclimatación, ya que la cuestión de la adaptación del blanco al mundo tropical y subtropical tenía un importante significado internacional. Aquí, los geógrafos trabajaron en conjunto con expertos médicos para delinear las implicancias de los factores climáticos. De esta manera, mantuvieron viva una antigua tradición, retomada por Montesquieu, que explica lo cultural en términos de lo natural.

Además, ciertos aspectos de la teoría geográfica se prestaban para su manipulación. El determinismo ambiental –una doctrina que enfatizó el poder de amoldamiento a las condiciones físicas– podía ser utilizado para una gran gama de propósitos. Algunos autores encontraron en el determinismo ambiental la justificación de las ideologías raciales; de hecho las cuestiones raciales fueron tema recurrente en los textos geográficos de fines del s. XIX y comienzos del XX, y –en algunos casos– también posteriormente. Otros autores vieron en él una doctrina con potencial estratégico. Halford Mackinder, por ejemplo, desarrolló una teoría del poder político mundial que dependía fundamentalmente del control de una porción particular de espacio en el Viejo Mundo. Friedrich Ratzel en Alemania construyó una teoría orgánica del estado basada en la noción del *Lebensraum*, destacando que el carácter y destino del *Volk* estaba altamente ligado a un área definida del *Raum*¹. En Estados Unidos la visión ratzeliana fue difundida a través de los trabajos de Ellen Semple, quien la usó para diagramar el curso necesario de la historia americana, mientras que Ellsworth Huntington consideró al clima como el principal motor de la civilización. En todo esto, así como en las idas y venidas del determinismo de Griffith Taylor, los lazos constitutivos entre la geografía teórica y social se despliegan en forma evidente. Esto no significa, por supuesto, que el determinismo geográfico como precepto fuera *solamente* una ideología social. Pero significa reconocer que *existe* una historia *social* de las ideas geográficas así como también una de carácter puramente cognitivo.

El ritual de la regionalización

Aún cuando el determinismo geográfico, de una forma u otra, se propagó como el fuego en un bosque entre los geógrafos profesionales, existieron también autores que insistían en la capacidad de las culturas humanas para transformar el medio natural y no permanecer apegadas al determinismo de la naturaleza. En Inglaterra H. J. Fleure enfatizó la importancia de la acción humana en la modificación del ambiente y, de esta manera, consiguió dejar de lado la preocupación convencional en relación a las regiones naturales, para analizar la significación de las zonas de transición de las culturas de contacto a través de la historia. Más aún, algunos autores como A. J. Herbertson, en cuya geografía el concepto de región natural ocupó un lugar estratégico, reconocieron sin embargo la sutil interacción entre el ambiente, la herencia y la conciencia en la producción de patrones geográficos de diversidad

¹-El término Raum suele ser traducido como espacio o área. Sin embargo para autores como Murphy (1994:176) esta traducción pierde todos los matices que suele atribuírsele al término en alemán. En este idioma, Raum combinaba topografía, clima, potencialidad para las actividades agrícolas, acceso marítimo y otros elementos que, junto a una población dada o Volk, crearían una unidad mística de la cual se derivaría el estado. Ver Murphy D. (1994) "Geopolitical Rhetoric in German Revanchism". En Smith, N., Godlewska, A. **Geography and Empire**, Blackwell, Oxford. (N.de la T).

humana a través de la faz de la tierra. En ambos autores, la corriente idealista en la perspectiva evolucionista lamarckiana –un modelo evolutivo que enfatizaba la significación de la fuerza de la vida y el deseo– tenía una importancia fundamental.

Otra tendencia de crítica medioambiental provino de una fuente conceptual diferente desarrollada a fines del siglo XIX y comienzos del XX, reconocida como la vibrante tradición de la geografía cultural francesa asociada a Vidal de la Blache. Para Vidal y los vidalianos, el ambiente debía ser visto no como una fuerza determinante sino más bien como un factor limitante, es decir, que establecía los límites de las posibilidades culturales. El posibilismo, nombre con el cual fue reconocida esta doctrina, también puso el énfasis en la geografía como la ciencia de las regiones humanas, porque consideraba que era en las condiciones específicas del medio que los diferentes *genres de vie* –modos de vida– encontraban su expresión.

Una tercera línea de la crítica determinista provino de Carl Sauer y la escuela de Geografía Cultural de Berkeley en los Estados Unidos. Aquí la inspiración se derivó menos de la biología evolucionista y más de la antropología cultural; y sus simientes pueden encontrarse en la antropología de Franz Boas. Boas había comenzado su carrera académica como geógrafo físico pero se volcó a la antropología cuando su trabajo entre los Inuit lo llevó a cuestionar el determinismo ambiental. Este débil relativismo cultural que Boas sostuvo llegó a Sauer a través de sus colegas antropólogos de Berkeley y, sobre estas bases, Sauer enfatizó la importancia de las culturas materiales residuales como artefactos históricos de la diversidad cultural.

Más allá de las diferentes aproximaciones, todos estos geógrafos compartían la concepción de que la geografía que se ocupaba de los estudios regionales. Y esta perspectiva de la geografía recibió la bendición de la influyente obra de Richard Hartshorne, *The Nature of Geography*, en la cual defendía de forma apologética este enfoque a partir de una revisión de las fuentes históricas, particularmente las alemanas. De esta manera la noción de la Geografía como "un ritual de regionalización" proporcionó un paradigma que aún gobierna gran parte del trabajo geográfico, sea a través de las contribuciones cualitativas de aquellos escritores que hablan de una personalidad regional, o de los estudios cuantitativos de los practicantes de la ciencia regional.

La intermediaria

Entre los esfuerzos por delinear para la geografía una porción de un territorio cognitivo –un sector de espacio conceptual dentro del esquema ontológico de las cosas– estuvieron los de aquellos autores que se inclinaban por enfatizar su rol funcional. Sostenían que la geografía era un saber integrador *por excelencia*, que cuidaba del estudio de la naturaleza y la cultura bajo una disciplina paraguas. W. M. Davis, por ejemplo, recordaba que en su explicación del ciclo de erosión sentía que la geografía física estaba incompleta sin una ontografía, sin su contraparte humana.

Esta función de intermediaria era valiosa en numerosos contextos. Por un lado, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, se recurría a ella para justificar a la geografía como una disciplina académica coherente. De hecho, Halford Mackinder en Inglaterra sostenía que ésta era la única forma en que podía concebirse a la geografía como ciencia causal. En los Estados Unidos, Isaiah Bowman defendía la misma perspectiva.

Por otro lado, este papel de disciplina puente entre lo natural y lo humano frecuentemente adquirió la forma de un fuerte compromiso con la temática de los recursos. En América las raíces de la tradición geográfica se remontan a figuras tales como Nathaniel Southgate Shaler y George Perkins Marsh y, más tarde, a J. Russell Smith, cuyas contribuciones fueron

revitalizadas a comienzos del siglo XX por aquellos geógrafos que buscaban recobrar la tradición de la sensibilidad ambiental. Para algunos de estos autores este énfasis llevó a la reafirmación histórica del "papel del hombre en la transformación del aspecto de la tierra"², para otros, las necesidades futuras promovían un compromiso con los sistemas de análisis ambiental o los sistemas ecológicos energéticos en un intento por modelar el cambio en la interfase hombre-naturaleza. Actualmente, frente a la agudización de la crisis ambiental, algunos geógrafos como Timothy O'Riordan y Andrew Goudie se han esforzado por situar esta tradición en la vanguardia del discurso geográfico. Más aún, y en relación a la identidad institucional, no deja de tener significación el hecho de que las universidades o escuelas de geografía se encuentren en las escuelas de estudios ambientales.

Una ciencia del espacio

En tanto algunos autores identificaron la esencia de la geografía en su énfasis por la integración regional, también existieron aquellos que consideraron que el énfasis en los lugares carecía de rigor metodológico. Para estos, todo el discurso respecto de superar el vacío entre las ciencias y las humanidades aparecía apenas como algo más que retórica político-académica, y la idea de la personalidad regional era considerada francamente poco científica. Fred Schaefer lideró el ataque con su artículo "Exceptionalism in Geography" publicado en los *Annals of the Association of American Geographers* en 1953. La crítica de Schaefer buscaba transformar a la Geografía en una verdadera ciencia sosteniendo que ella se convertiría en una disciplina explicativa a través de la búsqueda de leyes, interesándose en leyes universales y no en las específicamente regionales, o –como el mismo señaló– en las "excepcionalidades". El trabajo de Schaefer es comúnmente considerado como el símbolo de la introducción del positivismo lógico en la disciplina, y su currículum fue defendido en la obra de William Bunge, *Theoretical Geography*, de 1962, y en la *Explanation in Geography* de David Harvey, publicada a finales de esa década. De esta manera nace la idea de una geografía como ciencia de la distribución espacial –del análisis locacional, como se la ha denominado frecuentemente. Rápidamente figuras como W. L. Garrison en América y Peter Haggett en Inglaterra introdujeron varios teoremas que buscaron explicar el comportamiento económico locacional, recreando dentro de la disciplina las teorizaciones económicas tempranas de Von Thünen, Alfred Weber, Walter Christaller y August Lösch en particular.

Con la definición de la geografía como una ciencia espacial se desarrolló toda una parafernalia de métodos y técnicas científicas, y fue entonces que la geografía recibió su más moderna iniciación en el método científico y en las técnicas estadísticas. Esto no significa, por supuesto, que la geografía desconociera el uso cuantitativo; en realidad sus raíces como una práctica matemática se remontan como mínimo al período de la revolución científica en el siglo XVII. Ni significa tampoco que toda la geografía haya entrado en la corriente cuantitativa; muchas áreas de la tradición geográfica permanecieron inmunes a la propia estadística. Pero el positivismo hizo incursiones sustanciales en la teoría y práctica geográfica a partir de la década del cincuenta, y pueden pensarse una variedad de razones para entender el relativamente tardío bautismo de la geografía dentro de la filosofía positivista. Las posturas de Harvey, un marxista converso, representaron, al menos en América, un intento estratégico montado por algunos geógrafos para escapar de las sospechas políticas que cayeron encima de las ciencias sociales en la era posmacartista: refugiarse en la seguridad del ruido de los números. Esta presión, pienso, podría servir para explicar con seriedad la necesidad percibida por los geógrafos de incorporar una serie de habilidades que estimularon la fuerte preocupación profesional por crear una *ciencia* del espacio.

²-En el original "Man's role in changing the face of the earth", nombre que recibió el simposio realizado en los Estados Unidos en 1956 con la participación en su organización de Carl O.Sauer, Marston Bates y Lewis Mumford (N.de la T.).

Las estadísticas no sangran

Cualesquiera que hayan sido las causas de la cuantificación en geografía, las décadas recientes han sido testigos de una serie de ataques al positivismo desde diferentes perspectivas. La afirmación de que todo procedimiento cuantitativo tiene una base ideológica desde su inicio proviene de la crítica radical. El argumento aquí es que manteniendo a la geografía como en una especie de cálculo espacial, una técnica geométrica que representa distribuciones, se dejan de lado e ignoran cuestiones fundamentales como participación política y equidad. Como consecuencia de esto, varios geógrafos radicales contemporáneos se identificaron a sí mismos dentro de una linaje de la geografía que se remontaba a figuras tales como Elisée Reclus, Peter Kropotkin y Karl Wittfogel, quienes abogaban enérgicamente por un compromiso social. Dentro de este escenario, que en sí mismo no es uniforme, se le otorga un papel determinante a la estructura económica. Ya sea investigando la significación de la segregación residencial, las vicisitudes del sistema económico mundial o el cambio histórico del feudalismo al capitalismo, el *móvil* que les otorga significación se reafirma a sí mismo.

En otra perspectiva se sitúan los geógrafos humanistas. Estos insisten en que la clasificación cuantitativa de los datos económicos y otras actividades han deshumanizado la geografía al ignorar y suprimir la acción humana. Las estadísticas simplemente no están hechas de carne y hueso, y las múltiples facetas de la experiencia humana –miedo, imaginación, emoción– no son tenidas en cuenta. Y estos geógrafos han considerado que su rol era dejar el mundo geográfico abierto al lado artístico de su historia a través de la indagación de los textos literarios y la defensa de la subjetividad del sujeto. Las mediaciones de Yi-Fu-Tuan en la ‘topophilia’ y la ‘topophobia’, las excursiones de David Ley en la mentalidad de los habitantes de los ghettos de la ciudad, o la inclinación de Leonard Guelkés hacia la filosofía idealista de Collingwood son sólo algunas de las corrientes que se han desarrollado recientemente en la disciplina. Nuevamente, sus protagonistas se apresuran a declarar que su propuesta no es nueva ni completamente diferente: algunos autores sostienen que la temprana geografía del comportamiento de J.K. Wright, David Lowenthal y William Kirk otorgaban un papel clave a la experiencia subjetiva, mientras que otros –ignorando las aspiraciones de Vidal por otorgar a la geografía humana el carácter de ciencia natural– hablan de una revitalización de la tradición vidaliana.

Todo está en su lugar

Los diferentes énfasis en el papel de la estructura social y de la acción humana en el análisis de los fenómenos geográficos han llevado recientemente a preguntarse si el privilegio explicativo debe ser otorgado a alguno de los términos de esa ecuación. En la búsqueda por encontrar un camino que supere este *impasse*, algunos geógrafos se han volcado a la teoría de la ‘estructuración’ formulada por el sociólogo de Cambridge Anthony Giddens. Este análisis de la formación social y de la transformación ilumina la interrelación entre ambas fuerzas: los seres humanos se encuentran a sí mismos en circunstancias estructurales que no han elegido, pero a través del ejercicio de su propia acción, pueden hacer algo para producir el cambio. La interacción inacabable entre agente y estructura provee el poder motor para la transformación social. La geografía entra en este cuadro debido a la necesidad de ‘proveer de una base terrestre’ a este modelo general de cambio histórico. La forma en que esta interacción entre estructura social y acción humana se da es evidentemente diferente y cambia según el lugar, y depende en forma crucial de la particular arena donde se produzca este encuentro. Así, los geógrafos que otorgan un significado importante a lo local³ solicitan de forma creciente la geografización de la teoría social.

³ - En el original locale (N. de la T.)

Este renovado énfasis en la significación del lugar⁴ ha sido estimulado por un conjunto de desarrollos filosóficos y sociales. Los detalles no son de nuestro interés aquí, pero cabe destacar que la idea del pluralismo cultural y epistemológico hoy aparece como insoslayable. La fragmentación del conocimiento, la diferenciación social y las preocupaciones respecto de la racionalidad científica se han fusionado para reafirmar la importancia de lo particular, de lo específico, de lo local. Y es en este ambiente intelectual y social donde el énfasis que la geografía pone en la categoría de lugar ha sido considerado de gran potencial. Una vez más, la naturaleza constitutiva de la relación entre el dominio interno de la geografía y el contexto externo es claramente evidente.

Conversaciones Geográficas

Es poco lo que puede decirse en conclusión. He sostenido a lo largo de este trabajo que la tradición geográfica, como las especies, ha evolucionado y se ha adaptado a los diferentes ambientes intelectuales y sociales. La geografía, como lo hemos afirmado inicialmente, ha significado diferentes cosas para diferentes personas en diferentes tiempos y en diferentes lugares. Ha empleado diferentes vocablos para adaptarse a diferentes propósitos, desde la magia, la teología, hasta la ciencia y el arte. Algunas veces estos discursos han entrado en conflicto, otras veces se han reforzado mutuamente. Algunas veces, estas conversaciones han alcanzado a una variedad de geógrafos, otras veces sólo un grupo selecto ha tomado parte en ellas. Sea cual sea la forma, lo que resulta importante al contar la historia de una tradición a la cual pertenecen los geógrafos es que se necesita un reconocimiento de la integridad de cada uno de estos discursos diversos en sus propios términos. De otra forma, la historia y el futuro de la geografía serán esclavizados por los partidarios apologistas que desean monopolizar –incluso capturar y conducir– la conversación, para servir a sus propios intereses sectarios.---

⁴ - En el original place (N. de la T.)